

QUINTILIANO Y LA RETÓRICA

Jorge Fernández López



Dibujo Portada: Pablo Torres Cascante

Edita: Amigos de la Historia de Calahorra
Aptdo. 97 CALAHORRA (La Rioja)

ISBN: 84-921459-0-0

Deposito Legal: LR - 77-1996

Edición de: Compobell, S.L. Murcia

PRESENTACIÓN

DURANTE los días 14 al 18 de noviembre, tuvo lugar en Madrid y Calahorra la celebración del I Congreso Internacional «**HISTORIA Y ACTUALIDAD DE LA RETÓRICA**» centrado en la figura de **MARCO FABIO QUINTILIANO**.

La asociación Amigos de la Historia de Calahorra, comprometida estatutariamente no sólo en la promoción y difusión de los amplios aspectos que la historia de nuestra ciudad nos ofrece, sino también en los personajes que a lo largo de los siglos ha dado la ciudad, y a la cual, ellos, han enriquecido enormemente como pocas, entendimos durante la celebración del citado congreso que era necesario que la figura de **MARCO FABIO QUINTILIANO** no sólo quedara y llegara a la élite científica que en esos días se reunieron en nuestra ciudad estudiando los múltiples aspectos que la obra de tan insigne orador ofrece a los investigadores, sino que el pueblo liso y llano, también tenía derecho a saber, entender y «palpar» la obra de éste calagurritano universal, del cual, todos nos enorgullecemos ante el mundo.

Aquí nace ésta publicación. Con el único interés por parte de los Amigos de la Historia, de acercar sin excepción, a los calagurritanos de hoy, a **MARCO FABIO QUINTILIANO**.

Don Jorge Fernández López, profesor de la Universidad Complutense, partícipe del congreso ya mencionado, conocedor como pocos de nuestro Quintiliano e investigador incansable del mismo, se brindó a realizar éste trabajo que ahora ve la luz, de forma totalmente desinteresada y altruista. Nuestro reconocimiento por ello. Y también nuestro agradecimiento a IBERCAJA en la persona de su Director en Calahorra, D. Pablo López Gordo, que ha gestionado y posibilitado la financiación de ésta publicación, una más de los Amigos de la Historia de Calahorra, pero singular en cuanto al fin, y que no ha sido otro que difundir popularmente la figura del más insigne orador y universal calagurritano **MARCO FABIO QUINTILIANO**.

Amigos de la Historia de Calahorra
abril de 1996

VIDA DE QUINTILIANO

MARCO Fabio Quintiliano nació en Calagurris, la actual Calahorra, hacia el año 35 d.C. Es casi seguro que su familia llevaba ya varias generaciones dedicándose al arte de hablar en público y a la enseñanza de esta disciplina: tenemos noticias de otros dos Quintilianos cuya profesión también fue la retórica y que muy probablemente serían el padre y el abuelo del más famoso, el autor de la *Institutio oratoria*. Su padre, que según nos cuenta Séneca el Viejo tuvo bastante éxito en Roma como rétor o profesor de oratoria, se ocupó de que Quintiliano recibiera una esmerada educación. El Quintiliano adolescente fue así alumno de los mejores maestros que en la época podían encontrarse en la capital del mundo, entre los que se contaban el famoso gramático Remio Palemón y el rétor Domicio Afro, a los que el propio Quintiliano recuerda con afecto en su obra. Después volvió a su tierra natal a aplicar lo aprendido, y debió de ejercer la docencia durante algún tiempo. En el año 68 se produjo la violenta muerte del emperador Nerón, y Galba, gobernador de la provincia Tarraconense, decidió marchar sobre Roma a la cabeza de las legiones que tenía bajo su mando para ocupar la sede imperial. Pero no sólo llevó consigo a sus soldados: convenció a Quintiliano para que le acompañase a Roma, ciudad en la que el calagurritano permaneció hasta su muerte. En Roma desarrolló Quintiliano toda su brillante carrera como orador y profesor de retórica. En sus clases tuvo como discípulos a lo más granado de la juventud romana. El poeta Marcial, otro hispano de la ribera del Ebro —de Calatayud— hace referencia a ello en uno de sus epigramas (II, 90), que comienza así:

«Quintiliano, preceptor sin igual de la juventud inconstante,
Quintiliano, gloria de la toga romana».

Y en efecto, varios destacados personajes recibieron la enseñanza de este profesor de Calahorra. Entre ellos se cuentan Plinio el Joven, Juvenal, Suetonio y Tácito, así como los sobrinos del emperador Domiciano, hecho que el mismo Quintiliano menciona al principio del libro cuarto. Domiciano, al confiar a Quintiliano la educación de sus ahijados, continuó demostrando el aprecio que los emperadores flavios sentían por Quintiliano: el anterior emperador, Vespasiano, instituyó la primera cátedra pública de retórica en Roma y nombró a Quintiliano su primer titular, haciendo así de este hispano el primer profesor de oratoria que percibió un sueldo del estado. Ya en su madurez se casó y tuvo dos hijos, pero tanto ellos como su esposa murieron antes que él. No conocemos con precisión la fecha de su muerte, pero debió de ocurrir un poco antes del año 100 d. C. Para entonces Quintiliano había alcanzado una muy desahogada posición económica, un alto grado de fama y distinción públicas y había llegado a ser nombrado cónsul, todo ello gracias al ejercicio de su profesión: la enseñanza de la retórica.

LA RETÓRICA

El ejercicio de la retórica fue, pues, la actividad principal de Quintiliano, y a ese tema está dedicada su obra. Por retórica entendemos normalmente dos cosas. Por un lado, la retórica es un «arte» en el sentido clásico de la palabra: una técnica, un conjunto de reglas cuya puesta en práctica permite que un discurso convenza a su oyente. Por otro, la retórica es también la enseñanza que transmite esas reglas, y en la Antigüedad acabó constituyendo la parte central de lo que hoy llamaríamos enseñanza superior.

La retórica nació en Sicilia en el siglo V a. C. La situación por la que hubo personas que consideraron necesario reunir una serie de reglas, de recetas, para elaborar discursos convincentes fue la siguiente: a principios del siglo V a. C. reinaron en Siracusa, la capital antigua de Sicilia, dos tiranos, Gelón y Hierón. Como pago a los mercenarios gracias a los que habían llegado al poder, expropiaron grandes extensiones de tierra para entregársela a estos soldados y forzaron a los antiguos propietarios a cambiar el lugar en el que habían vivido siempre. Al cabo de los años una sublevación popular derrocó a estos tiranos, y se intentó volver a la situación original de la propiedad de las tierras. Pero habían pasado varias décadas, y muchas veces los casos no acababan de estar claros; además, como es lógico, los nuevos propietarios o sus herederos se resistían a ceder el que era su modo de vida. De aquí surgió un gran número de pleitos en los que se intentó solucionar la situación. En estos juicios había una novedad: el que decidía no era un juez, sino un jurado popular compuesto por una buena cantidad de ciudadanos. Si alguien quería ganar el juicio, tenía que

convencer a este jurado. Pronto hubo quien se especializó en los métodos más adecuados para componer discursos que consiguieran convencer a los oyentes, y pronto también hubo quien se dedicó a enseñar estos métodos a cambio de una retribución económica. Según la tradición, los primeros maestros de retórica fueron Córax de Siracusa, discípulo del filósofo Empédocles, y Tisias.

Pero ¿cómo la retórica, esta enseñanza de las reglas para construir un discurso convincente, se difundió por el mundo antiguo? Sicilia era una isla colonizada por los griegos desde hacía siglos, y como es lógico mantenía lazos de unión de todo tipo con otras ciudades y territorios del mundo griego. Entre estas relaciones estaban las comerciales y, como es inevitable, surgían pleitos entre comerciantes sicilianos y los de otras partes, sobre todo de Atenas, la potencia comercial de la época. Esto hizo que los atenienses se interesaran por la enseñanza de la retórica que estaba extendida en Sicilia desde hacía unas décadas. En este interés de los atenienses se fijaron los maestros sicilianos, que vieron atractivas posibilidades profesionales en una ciudad en la que no tendrían competencia. El primero de estos sicilianos que se decidió a establecerse en Atenas como profesor de retórica fue Gorgias, natural de Leontinos (la actual Lentini, al norte de Siracusa), que llegó a Atenas en el año 427 a. C.

Atenas era el lugar ideal para que tuviera éxito la enseñanza de la retórica, y para que ampliase su campo de acción desde los pleitos entre particulares hasta la esfera política. Atenas era una democracia y muchas de las decisiones que afectaban a todos los ciudadanos se tomaban en una asamblea a la que podían asistir todos los hombres libres. Y, dentro de ciertos límites, eran muchos los ciudadanos que podían ejercer su derecho a intervenir en la asamblea para exponer sus puntos de vista e intentar convencer de ellos a los demás. Por eso prácticamente a cualquier ateniense libre le interesaba aprender los mecanismos que hacen que un discurso funcione bien ante el público, y muy pronto se multiplicó en Atenas el número de profesores de retórica. A partir de entonces, el éxito en la vida política fue inseparablemente unido al dominio de las técnicas retóricas y la retórica, junto con la filosofía, pasó a formar parte fundamental de la enseñanza que recibían los atenienses a partir de cierta edad. El papel destacadísimo en lo político, militar, comercial y sobre todo cultural que desempeñaba Atenas en el mundo griego de la época facilitó la difusión de este modelo educativo por todo ese ámbito. Así, la retórica constituyó desde entonces la parte fundamental de la enseñanza superior en el mundo antiguo, situación en la que se mantuvo hasta la Edad Media. Fueron numerosos los tratados

sobre retórica que autores griegos escribieron en los siglos IV, III y II a. C., y entre ellos destaca la *Retórica* de Aristóteles, que ejerció una gran influencia sobre obras posteriores.

Roma, a pesar de su creciente poder militar y político en el mundo mediterráneo, desde muy pronto adoptó muchos de los aspectos culturales de la civilización griega: en la arquitectura, en la literatura, en la vida religiosa. Los romanos cultos aprendían griego y leían a los autores griegos: las primeras obras que narran la historia de Roma, redactadas por romanos, están escritas en griego; el emperador de origen sevillano Marco Aurelio utilizó el griego para escribir sus *Meditaciones*. Teniendo esto en cuenta, no es difícil pensar que la retórica, que ocupaba un lugar consolidado en la cultura griega, se introdujera en la Roma republicana del siglo I a. C. Recordemos además que las decisiones políticas y militares de la república romana se tomaban en una asamblea de nobles, el senado, y ya hemos visto la importancia que la retórica tiene allí donde se dé una situación en la que una persona tenga que convencer a un auditorio.

La figura más destacada de la retórica en esta Roma republicana fue, sin duda, Cicerón. El éxito de su actividad política se basó en su excepcional capacidad oratoria, y los momentos más importantes de su carrera en la vida pública fueron varias ocasiones en las que pronunció diferentes discursos que tuvieron gran efecto: en defensa de ciertos amigos y de ciertas leyes, o atacando a enemigos suyos y, según lo veía Cicerón, de todo el estado romano. Pero además de dedicarse a la práctica de la retórica, es decir, a componer discursos y pronunciarlos ante un auditorio, Cicerón escribió varias obras teóricas en las que da consejos sobre cómo escribir discursos, discute cuáles son los límites de la retórica o hace una pequeña historia de la oratoria romana anterior a su tiempo. El conjunto de la obra de Cicerón, teórica y práctica, constituyó la consolidación de la retórica en el mundo romano, y supuso un modelo de gran influencia en todos los que a partir de entonces se dedicaron a ella; incluido, por supuesto, Quintiliano, que cita constantemente tanto los discursos de Cicerón como sus obras teóricas.

LA INSTITUTIO ORATORIA

LA docencia, la enseñanza de la retórica, fue la principal actividad de Quintiliano. Sin embargo, por modestia, siempre se resistió a poner sus ideas y el fruto de su experiencia por escrito, convencido de que había ya muchos y muy buenos tratados sobre el tema. Por eso, según el mismo Quintiliano nos cuenta, algunos alumnos suyos hicieron circular, con cierto éxito, una versión ordenada de lo que hoy llamaríamos sus apuntes de clase. Esto indica, por una parte, lo difundido del interés por las enseñanzas de Quintiliano y, por otra, el alto grado de formación que adquirían sus alumnos, que les permitía, a partir de sus apuntes, componer un pequeño tratado de retórica capaz de encontrar su lugar en el mercado de los libros junto a obras ya consagradas. Finalmente, la insistencia de sus amigos consiguió persuadir a Quintiliano de que publicara un tratado sobre el tema que mejor conocía y que, probablemente, conocía mejor que nadie: la enseñanza de la retórica. Así, después de retirarse del ejercicio de su profesión, durante dos años se dedicó a redactar una obra en la que recogía más de veinte años de reflexión y experiencia. Y el resultado de ello es la única obra que conservamos de Quintiliano, la *Institutio oratoria* —en castellano, *La formación del orador*—, que debió de terminar, según opina la mayoría de estudiosos, el año 96 d. C.

La de orador era en la Antigüedad la profesión que más fama y brillo social daba, tanto en el mundo griego como en el romano. Y, como profesión liberal, era también la que más ingresos reportaba. Un buen orador, que dominara las técnicas de hablar en público, que supiera conmover y convencer a sus oyentes tenía ante sí un amplio campo de posibles dedicaciones, y no era raro que se

volcase en todas: la participación en pleitos ante los juzgados, la pronunciación de discursos sobre los más variados temas que los espectadores acudían en masa a presenciar, la docencia y, por supuesto, la política.

Por eso, la educación superior que recibían todos los romanos que podían permitírsela estaba basada casi exclusivamente en la retórica. Por una parte, se enseñaba un conjunto de reglas cuyo dominio permitía al orador escribir un discurso que tuviese éxito en las circunstancias más variadas: según se tratase de defender o de acusar, según hubiese que convencer a un solo juez o a un jurado compuesto por varias personas, según la persona defendida o acusada fuera rica o pobre, hombre o mujer, joven o vieja; y así hasta no dejar sin considerar prácticamente ninguna posibilidad. A esto se añadía la práctica constante de ejercicios simulados: el alumno debía escribir composiciones y discursos de todo tipo, además de imitar el estilo de los autores que servían como modelo (especialmente, Cicerón en latín y Demóstenes en griego).

El objetivo de la obra de Quintiliano es dar las normas y orientaciones necesarias para crear un orador ideal, el orador perfecto. Quintiliano identifica esta figura del orador perfecto con el ideal de vida que realiza plenamente al ser humano. Quintiliano, siguiendo a Cicerón, afirma que lo más característica-mente humano, lo que más diferencia al hombre del resto de animales, es su capacidad verbal, su facultad de hablar. Por eso una persona que domine las técnicas del arte de hablar en público destaca precisamente en aquello que es más propio del hombre. La consecuencia de esta idea del hombre perfecto como orador perfecto es que la *Institutio oratoria* no se limita a los aspectos técnicos de la retórica, sino que incluye también una serie de consideraciones sobre las cualidades morales y políticas que deben adornar a ese orador perfecto. Así, tanto al principio como al final de la obra, Quintiliano no se cansa de afirmar una y otra vez que la excelencia en oratoria y la rectitud moral van indisolublemente unidas. Quintiliano define al orador, siguiendo a Catón, como «un hombre bueno experto en el arte de la palabra»: el orador que ponga sus conocimientos al servicio de malas causas, para Quintiliano no será un buen orador, por muchos éxitos que obtenga.

Quintiliano escribe su obra al final de su vida. Según hemos visto, tuvo una posición muy destacada como profesor de retórica, y esa es una de las razones de la importancia que tiene la *Institutio*: representa el fruto de toda una vida de experiencia en la práctica y en la enseñanza de la oratoria, y nos lo ofrece una persona que brilló especialmente en ese campo. Pero hay más razones que

hacen de la *Institutio* una obra de gran interés: para la época de Quintiliano, la retórica tenía ya más de cuatro siglos de historia, y gracias al tratamiento detallado que Quintiliano hace de muchos asuntos, podemos hacernos una idea de las diferentes corrientes, doctrinas y opiniones que en el ámbito de la retórica habían convivido en los siglos anteriores, tanto en cuestiones técnicas muy precisas como en ideas más generales sobre lo que debe ser la retórica o sus relaciones con la moral y con la política. Es, además, la obra más extensa sobre oratoria que conservamos: ocupa más de setecientas páginas en las ediciones modernas. Por eso, la *Institutio* representa una culminación de la retórica en dos sentidos: es, por un lado, la obra cumbre de un autor particularmente dotado; y, por otro, una obra en la que convergen un gran número de caminos distintos por los que la retórica había transitado durante mucho tiempo.

La retórica clásica articula la mayor parte de sus preceptos, normas y doctrinas en torno a dos series de conceptos. La primera está constituida por los pasos, cada uno con su nombre y su regulación, que hay que seguir a la hora de escribir un discurso. En la segunda se incluyen las partes que, con ligeras variaciones, debe tener la estructura de cualquier discurso.

Ya desde Aristóteles, se establecían cinco fases, cinco operaciones para la elaboración de un discurso. En primer lugar estaba la *inuentio*, o búsqueda de los argumentos que se habían de utilizar para convencer al auditorio. Cuando, después de esta *inuentio*, ya se había decidido en líneas generales lo que se iba a decir, había que ordenarlo de la manera más conveniente: a esta ordenación se le llamaba *dispositio*. Establecidos los contenidos y el orden de esos contenidos, el tercer paso era darles la forma definitiva: redactar el discurso buscando las palabras y las expresiones que lo hicieran más agradable y que consiguieran en los oyentes el efecto deseado (convencerles, conmoverles, hacerles disfrutar). El orador, por supuesto, no podía leer este discurso ante el público: tenía que memorizarlo, y este ejercicio, que se llamaba *memoria*, era la cuarta fase. Y en quinto y último lugar sólo quedaba aquello para lo que se había llevado a cabo todo lo anterior: el hecho en sí de dirigir el discurso a un auditorio, que recibía el nombre de *actio* o *pronuntiatio*. Éstas son, pues, las cinco operaciones por las que todo discurso debe pasar, las cuales, como puede verse, no son más que la regulación de lo que el sentido común dicta.

El discurso así obtenido ha de respetar una estructura concreta, en la que se suceden una serie de partes, cada una de las cuales tiene su función y sus características. Aunque unos autores establecen más y otros menos, la estructu-

ra más sencilla consta de cuatro partes. El discurso no puede empezar entrando directamente en materia: primero hay que ganarse la atención de los oyentes y crear en ellos una actitud favorable. Por eso, la primera parte de todo discurso es el *exordium* («introducción», «prólogo»), en el que el orador intenta atraer el interés del público y conseguir que sienta cierta simpatía hacia su persona y la causa que defiende. Después, hay que pasar a los hechos: la parte siguiente es la *narratio* («narración», «exposición», «relato»), en la que se cuenta qué ha ocurrido, qué acontecimientos han hecho que se llegue ante un juez. Luego hay que argumentar en favor de la propia causa: razonar por qué se considera que el acusado es culpable o es inocente, por qué se cree que estaba en su derecho de actuar como actuó, por qué merece ser condenado, o lo que sea, según los casos. Esta parte, dedicada a la exposición de argumentos, de pruebas, se denomina *argumentatio* («argumentación»). En cuarto y último lugar está la *peroratio* («conclusión», «recapitulación»): en ella se resume en pocas palabras lo dicho a lo largo del discurso, para que los oyentes recuerden lo fundamental antes de tomar su decisión en favor o en contra.

Pues bien, sobre estas cinco operaciones o fases retóricas (*inuentio, dispositio, elocutio, memoria y actio*) y estas cuatro partes del discurso (*exordium, narratio, argumentatio y peroratio*) trata la mayor parte de los doce libros de la *Institutio oratoria*.

Los dos primeros libros todavía no entran directamente en estas cuestiones. El primero trata sobre los primeros años del niño, cuando aprende a leer y a escribir y aún no recibe ninguna enseñanza sobre retórica, y volveremos sobre él más adelante. El segundo libro puede dividirse en dos partes bien diferenciadas por su contenido: la primera explica cuáles son los primeros ejercicios retóricos que pueden practicarse, la segunda trata sobre cuáles son los límites que tiene la retórica como disciplina, sobre sus relaciones con la filosofía y sobre cuestiones más generales acerca de la naturaleza de la retórica.

En el libro tercero Quintiliano empieza ya con la parte más técnica y especializada de su obra. El autor se da perfecta cuenta de que resulta un poco duro, después de haber desarrollado en el libro segundo un tema más general e interesante —qué es la retórica, de qué trata, etc.—, pasar a describir con detalle una serie de reglas y preceptos sobre aspectos muy concretos. El mismo Quintiliano advierte al lector que esta parte de la obra puede resultar algo complicada y poco atractiva:

«Soy perfectamente consciente de que este libro que aquí comienza es de especial interés para quienes me pedían que escribiera esta obra, y de que, debido a la gran diversidad de opiniones que he de repasar, representa con mucho la parte más difícil de la *Institutio*; y además, me temo, resultará a los lectores la menos atractiva, porque implica una pura exposición de reglas.» (3, 1, 2)

Las advertencias de Quintiliano siguen un poco más adelante, incluyendo un elemento de modestia y de reconocimiento de la tradición anterior del que hablábamos antes:

«Me temo también que será aún más árido porque la mayoría de su contenido no es de mi cosecha, sino extraído de otros autores.» (3, 3, 5)

Presentadas las disculpas, el libro entra efectivamente en una larga serie de cuestiones técnicas, entre las que puede mencionarse la división de la oratoria, del arte de escribir discursos, en tres clases o géneros, según el tipo de auditorio ante el que se actúe. De estos tres tipos de oratoria se destaca como más importante la llamada 'forense', es decir la oratoria que comprende aquellos discursos pronunciados ante los tribunales en defensa o acusación de un reo. El libro acaba estableciendo las partes que un discurso de este tipo ha de tener.

El libro cuarto trata sobre las dos primeras partes del discurso: el exordio, la parte inicial, y la *narratio* o exposición de los hechos ocurridos.

El libro quinto, uno de los más largos y posiblemente el más complicado de los doce, está dedicado a la siguiente parte del discurso, la *argumentatio*, en la que se presentan los argumentos y pruebas con los que se pretende convencer al auditorio. Quintiliano, siguiendo a otros autores, establece dos tipos de pruebas: las pruebas que quedan fuera de la retórica (testimonios, documentos) y las pruebas que consisten no en elementos externos sino en argumentos, en construcciones lógicas y lingüísticas. A estas últimas dedica la mayor parte del libro.

El libro sexto sigue con la *argumentatio*, y trata sobre cómo ganarse al auditorio y conseguir su convencimiento, pero no mediante pruebas y argumentos, sino provocando emociones en él: tristeza, risa, miedo, alegría, etc.

Los libros quinto y sexto se han ocupado de la *argumentatio*, esto es, de qué tipo de argumentos hay que incluir en el discurso según las circunstancias ante

las que se encuentre el orador. De las cinco operaciones retóricas que mencionábamos antes, esto corresponde a la primera, la *inuentio*, en la que se decide qué contenidos va a tener el discurso. Así, una vez que se ha explicado lo que un orador puede introducir en su discurso, se pasa a explicar en qué orden conviene distribuirlo. Esta es la segunda de las operaciones retóricas: se llama *dispositio* y a ella está dedicada el libro séptimo.

Los libros octavo y noveno tratan de la siguiente fase: la *elocutio*, en la que el orador debe ya escribir el texto de su discurso e incluir en él todo tipo de adornos: estamos ante las llamadas figuras retóricas (metáfora, comparación, etc.), en cuyo preciso análisis y ejemplificación se detiene Quintiliano con detalle.

El libro décimo es, de todos los de la *Institutio*, quizá el que más ha sido citado y leído: la primera mitad está dedicada a repasar el valor que tienen para el orador que se está formando los distintos autores griegos y romanos anteriores a la época de Quintiliano. Por eso resulta tan interesante: porque recoge la opinión de un escritor de la Antigüedad sobre un gran número de obras y autores clásicos. En este repaso, Quintiliano va género por género (primero la poesía épica, luego la lírica, después la tragedia y la comedia; y por último los géneros en prosa: la historia, la oratoria y la filosofía). Siguiendo este orden, se ocupa en primer lugar de los autores griegos y repite luego con los romanos. En general, Quintiliano se muestra bastante conservador en sus gustos. Empieza alabando al autor con el que comienza la literatura griega: Homero. Virgilio y Cicerón entre los romanos, y Píndaro y Demóstenes entre los griegos, son los que reciben mayores elogios por parte de Quintiliano.

El libro undécimo está dedicado a las dos últimas operaciones: la *memoria* (memorización del discurso) y la *actio* (representación ante el público). Estas dos fases son tan importantes para que el orador logre su objetivo como las demás: no sirve de nada haber escrito un discurso perfecto si luego no se recuerda, o si no se pronuncia ante el auditorio con la voz y los gestos adecuados.

En la primera parte de este libro, tras recalcar la importancia de la memoria y la necesidad de realizar ejercicios con ella, se presentan varias técnicas de memorización. Un ejemplo: una vez establecida la lista de elementos que hay que memorizar, Quintiliano recomienda imaginar una casa que conozca bien el orador, e ir pensando que las cosas que quiere recordar están cada una en una habitación. Bastará luego con realizar mentalmente el recorrido por esa casa

para acordarse, sin olvidar ninguno y en el orden adecuado, de todos los elementos: se trata de una técnica de asociación mental que todavía hoy se utiliza y que, con diversas variantes, puede encontrarse recogida en manuales modernos.

La otra mitad del libro undécimo está dedicada a la *pronuntiatio* o *actio*. Quintiliano resalta lo fundamental de la parte de representación escénica que debe acompañar a todo discurso:

«Todo intento de impresionar al público perderá necesariamente su fuerza si no se pone en ello todo el vigor que la voz, la mirada y el movimiento de todo el cuerpo le pueden dar.» (11, 3, 2)

Y llega hasta el punto de considerar tan importante esta escenificación como la calidad de lo escrito:

«Yo afirmaré incluso que un discurso no muy bueno, reforzado por una representación brillante, tendrá más efecto que el mejor de los discursos pronunciado sin especial cuidado.» (11, 3, 5)

Como hace muy a menudo, Quintiliano recurre a la autoridad de Demóstenes, el mejor de los oradores griegos, para confirmar sus opiniones:

«Por eso cuando se le preguntó a Demóstenes qué era lo más importante en la actividad de la oratoria, contestó que en primer lugar estaba el pronunciar el discurso; y en segundo lugar, también; y en tercero, lo mismo. Y así hasta que se cansó el que le preguntaba.» (11, 3, 6)

Quintiliano dedica capítulos y capítulos a la voz y a los gestos del cuerpo. Después, también la ropa recibe su atención:

«No hay una ropa específica para el orador, pero el orador está más expuesto a la mirada del público que el resto de la gente.» (11, 3, 137)

Así pues, el orador también tiene que pensar con cuidado cómo se va a vestir, pero sin pasarse:

«El cuidado excesivo en la forma de la toga, en el calzado o en el corte de pelo es tan censurable como el abandono.» (11, 3, 137)

En cuestiones de ropa, Quintiliano admite que hay que realizar ciertas concesiones a la moda:

«Hay también detalles del vestido que, según la moda, van cambiando en cierta medida.» (11, 3, 137)

Y no se resiste a dar su opinión sobre cuál es el modo apropiado de llevar la toga:

«La toga debe ser redonda y de buen corte; si no es así hay muchas maneras en las que puede resultar demasiado grande. La parte de adelante es mejor que termine hacia la mitad de la rodilla; la de atrás, algo más arriba: en la misma medida que el ceñidor. El pliegue favorece más si queda un poco por encima del borde inferior; y nunca debe quedar por debajo.» (11, 3, 139-140)

Las normas sobre cómo debe vestirse y adornarse el orador continúan: no tiene que llevar demasiados anillos ni joyas, no hay que cubrir del todo el hombro y el pecho. También aparecen indicaciones sobre qué gestos pueden hacerse con la ropa para apoyar lo que se está diciendo. Este libro termina con una larga serie de recomendaciones sobre qué actitud y qué tono de voz son más adecuados según las circunstancias del discurso: no se habla igual al pronunciar el elogio de un difunto en un funeral que en una intervención ante el senado o cuando se acusa a alguien ante un tribunal. Por diversas razones, sociales y políticas, casi inmediatamente después de Quintiliano la retórica dejó de ocuparse de estas cuestiones de puesta en escena para centrarse exclusivamente en lo literario, en la forma y contenido del discurso, olvidándose de su representación ante un público. Este hecho, unido a la extensión y el detalle con que Quintiliano trata este asunto, hace del libro undécimo una interesantísima fuente de información sobre estos aspectos, sin comparación posible con ninguna otra obra de la Antigüedad.

En el libro duodécimo y último, después de haber tratado con detalle en los libros anteriores las cinco fases (*inuentio*, *dispositio*, *elocutio*, *memoria* y *actio*)

que dan origen al discurso, Quintiliano abandona la parte técnica y se centra en cuestiones más generales: vuelve sobre asuntos que ya había tocado en el libro primero, e insiste sobre todo en las cualidades morales que debe reunir el orador: no debe buscar el aplauso del público como último fin, no debe aceptar la defensa de cualquier causa, debe evitar el uso excesivo de ataques verbales violentos; debe pensar también que, llegada cierta edad, tendrá que retirarse del ejercicio de su profesión. La importancia que Quintiliano concede en su obra al elemento moral queda clara en las palabras con que la hace concluir, dirigidas a su amigo Marcelo Victorio, al que está dedicada la *Institutio*:

«Todas estas eran, Marcelo Victorio, las reglas y recomendaciones con las que me pareció que yo podía contribuir al progreso de la enseñanza de la oratoria. Si el conocimiento de estas normas resulta ser de poca utilidad para los estudiantes jóvenes, espero que al menos les induzca a lo que para mí es más importante: el deseo de hacer el bien.» (12, 11, 31)

El plan que Quintiliano se propone con estos doce libros es dar las pautas para formar al orador perfecto: se trataría de un hombre versado en gran cantidad de saberes (filosofía, literatura, leyes, música), lo cual le permitiría hablar con propiedad sobre prácticamente cualquier tema. Como profesional de la retórica, este orador perfecto conocería y dominaría todas las técnicas y reglas para la construcción y puesta en escena de un discurso. Un hombre con una formación intelectual de este calibre, estaría además dotado de una gran rectitud moral: no sólo sería un experto en el arte de hablar, sino también una persona radicalmente buena. Y todas estas cualidades, dice Quintiliano, el orador perfecto debe orientarlas hacia los demás, hacia el servicio a sus semejantes mediante la participación en la esfera pública, en la vida política, en la dirección del estado.

Quintiliano reconoce que su propósito es algo utópico: a pesar de que nunca existió el orador ideal —y admitiendo incluso que es inalcanzable— no renuncia al intento de definir los pasos que hay que seguir para alcanzar ese ideal oratorio, que es para Quintiliano el ideal humano por excelencia.

La crítica que con más frecuencia se le hace a la *Institutio* es que el ideal que propone es impracticable en la época en que escribe Quintiliano: la retórica, encarnada por un orador que actúe en la vida política, sólo tiene lugar en un

régimen democrático o en el que al menos hay cierto margen acción para instituciones asamblearias. Y nada más lejos de la Roma imperial, en la que el poder del emperador casi no conocía límites, y en la que al orador ni siquiera le quedaba la posibilidad de restringirse a la práctica ante los tribunales, porque el número de abogados y la duración de los juicios se habían reducido al mínimo. Sin embargo, en este anacronismo, en este ir en contra de su tiempo, reside parte de la grandeza de Quintiliano y su obra: a pesar de todo, el ideal que se formula en la *Institutio* se mantiene a lo largo del imperio como un modelo en el que se basa la enseñanza y la vida cultural, y las clases dirigentes se forman en un sistema educativo que nunca pierde de vista el concepto del «hombre bueno experto en el arte de hablar».

QUINTILIANO Y LA EDUCACIÓN

LA obra de Quintiliano es, sobre todo, una obra didáctica. Quintiliano fue toda su vida, en Hispania primero y luego en Roma, un maestro, un profesor. Leyendo la *Institutio* y las normas que propone, da la impresión de haber sido un maestro comprensivo, respetado y querido por sus alumnos, que en muchas ocasiones conseguía transmitir a sus discípulos el entusiasmo que él sentía por la materia que impartía. Como en otras cosas, el Quintiliano pedagogo muestra un equilibrio entre la norma tradicional y la innovación. En muchos aspectos de la enseñanza, Quintiliano mantenía posturas que hoy consideraríamos abiertas: no se oponía por sistema a las novedades y era partidario de actuar en contra de cosumbres que consideraba equivocadas, por mucho tiempo que llevasen en práctica. Por otro lado, concedía gran importancia a la tradición, respetando el saber y la experiencia que en tantos campos habían ido acumulando sus mayores, y admitiendo en todo momento la deuda que le unía con ellos.

La preocupación de Quintiliano empieza por el cuidado que los padres han de tener en la selección de la persona que con más frecuencia estará en compañía del niño los primeros meses: su nodriza. Dice Quintiliano:

«Sobre todo, que la nodriza hable correctamente: si pudiera ser, decía Crisipo, que fuese una filósofa. En su defecto, prescribía que se eligiese la mejor posible. Por supuesto que lo principal es que tenga buen carácter, pero también debe hablar con corrección: es la primera

persona que oye el niño, y sus palabras las primeras que intentará imitar. Y es que por naturaleza estamos unidos con la mayor de las fuerzas a lo que percibimos de niños, del mismo modo que en un recipiente dura el sabor introducido por primera vez y que la lana teñida ya no puede recuperar su blancura original por mucho que se lave. Además, cuanto peores son estas primeras impresiones, más duraderas son. Pues lo bueno fácilmente se convierte en malo, pero ¿cómo transformar los vicios en virtudes? Así pues, que el niño no se acostumbre, ni siquiera en su primera infancia, a una manera de hablar que tendrá que corregir.» (1, 1, 4-5)

Quintiliano, según decíamos, a pesar de sus firmes convencimientos en muchos aspectos, no tiene una idea cerrada de la educación. Así, está a favor de la enseñanza bilingüe, en latín —lengua nativa— y griego —lengua «culta» extranjera—. Considera fundamental incluir en el aprendizaje elementos de diversión. Está convencido del valor educativo de la convivencia del niño con otros de su edad, y se pronuncia decididamente en contra de los castigos corporales. Veamos unos cuantos ejemplos de todo ello.

Sobre lo conveniente de la enseñanza en dos lenguas desde las edades más tempranas dice Quintiliano:

«Creo que es preferible que el niño empiece con el griego, porque el latín, que es lo que habla la mayoría, lo asimilará aunque no queramos; y también porque algunas de las materias que tiene que aprender son de origen griego, y de esa cultura proviene mucho de nuestro saber. No soy favorable sin embargo a que esto se cumpla tan escrupulosamente que el niño sólo hable y aprenda griego durante un largo período, como ocurre demasiado a menudo. Cuando esto es así, se producen muchísimos defectos, tanto en la pronunciación, que se desvía hacia un acento extranjero, como en la corrección de la lengua en general (...). Así pues el estudio del latín debe ir a continuación y no mucho más tarde, de modo que pronto vayan a la par. Así se conseguirá que, al dedicar la misma atención a una y otra lengua, ninguna de las dos constituirá un obstáculo para la otra.» (1, 1, 12-14)

Tampoco ve Quintiliano motivo para seguir la costumbre, generalmente establecida, de retrasar el comienzo de la enseñanza de la lectura hasta los siete años:

«Hay quienes piensan que no se debería enseñar a leer a los niños menores de siete años, porque esa sería la edad más temprana en la que podrían captar el significado de lo enseñado y soportar el esfuerzo necesario. (...) Pero ¿por qué no ha de poderse empezar con la lectura en una edad que se considera ya apta para recibir principios morales? No se me escapa que durante todo este período del que hablamos, apenas puede obtenerse el mismo progreso que después se conseguira en un solo año, pero los que a este respecto disienten de mí, parecen querer ahorrar el esfuerzo al profesor, y no al alumno.» (1, 1, 15-17)

También insiste a menudo Quintiliano en la actitud positiva, de aliento constante, que el profesor debe tener hacia el alumno. Y en efecto, refiriéndose a los primeros pasos del estudiante, dice Quintiliano:

«Sobre todo hay que tener cuidado de que no empiece a odiar una dedicación que todavía no puede gustarle del todo, no sea que el mal gusto experimentado una vez le haga retraerse incluso mucho después de los años infantiles. Que sus horas de estudio sean una diversión; que se le hagan preguntas y reciba elogios, y que se sienta satisfecho cada vez que obtiene algún resultado; si alguna vez no quiere que se le enseñe algo, que se le de a otro niño, para provocar su envidia; que de vez en cuando se vea en una situación de competición, y que piense que gana la mayoría de las veces; que se le estimule con las recompensas apropiadas a esa edad.» (1, 1, 20)

Pero no sólo hay que estimular al alumno: Quintiliano es consciente de que no puede mantenerse una tensión constante, de que es necesaria cierta relajación:

«Hay que conceder a todos los alumnos momentos de esparcimiento: no sólo porque no hay nada en el mundo que pueda resistir

un trabajo sin pausa, (...) sino porque la actividad de estudiar depende de la voluntad del que aprende, y a ésta no se le puede obligar.» (1, 3, 8)

Las novedades útiles, como decíamos, cuentan con el apoyo de Quintiliano:

«No me gusta nada, y veo que es muy frecuente, que los niños aprendan los nombres y el orden de las letras antes que sus formas. (...) Y me parece muy bien un método que se ha inventado para estimular el aprendizaje de los niños: darles para que jueguen letras de marfil. En general, soy favorable a cualquier cosa que pueda imaginarse y que sea divertido manejar, ver o nombrar con lo que disfruten los niños.» (1, 1, 24-26)

Una vez transcurridos los primeros años de la infancia, se plantea la cuestión de si es más conveniente la asistencia del niño a una escuela con más compañeros o el recurso a un preceptor privado que se dedique en exclusiva a un solo alumno. Quintiliano se pronuncia sin dudarle en favor de la escuela. Argumenta primero que, en muchos casos, la presencia de un gran número de alumnos no impide el aprendizaje:

«Hay además muchas materias de tal condición que con la misma voz se transmiten a todos los alumnos a la vez. (...) La voz del profesor no es como una cena, que sólo es suficiente para un número concreto, sino como el sol, que con la misma cantidad de luz y calor nos llega de sobra para todos. (...) Sin embargo, para corregir errores y dar explicaciones detalladas, el número excesivo de alumnos es un problema.» (1, 2, 13-15)

Y después se extiende más sobre las ventajas de la educación en compañía, resaltando el valor formativo del trato social:

«Sobre todo es necesario que nuestro futuro orador, que tendrá que vivir en la mayor de las celebridades y en el centro de la vida pública, se acostumbre ya desde pequeño a no temer el trato con las personas y se aleje de la vida solitaria y sombría del que estudia en su

casa con un preceptor particular. Su mente requiere constante estímulo y ánimo, pues la que permanece en el retiro de las lecciones privadas o languidece y pierde su brillo como las cosas que se dejan en la oscuridad o, por el contrario, se hincha con una equivocada idea de superioridad, ya que es inevitable que quien no se compara con nadie tenga un concepto demasiado bueno de sí mismo. Además, cuando después tiene que aplicar lo estudiado, le ciega la luz del sol y todo le resulta incómodamente nuevo, porque ha aprendido en soledad algo que luego hay que llevar a cabo en público. Y no quiero entrar en las amistades que se forjan en estos años y que se mantienen firmes hasta la vejez, como imbuidas de un lazo religioso. (...) Y eso que llamamos sentido común, ¿dónde lo aprenderá, si se le aparta del trato que es natural no sólo entre los hombres, sino incluso entre los mudos animales? Además, en casa sólo puede aprender aquello que se le enseña a él, en la escuela también lo que se les enseña a otros. Cada día oír cómo se alaban méritos y se corrigen errores; se beneficiará de la desidia censurada y de la dedicación elogiada de los demás: con esos elogios recibidos por los otros se estimulará su afán de imitación, porque considerará vergonzoso quedar por detrás de los de su edad y bueno superar a sus mayores. Todo esto espolea el ánimo del alumno, y aunque la ambición de por sí es un vicio, con frecuencia es también origen de virtudes.» (1, 2, 18-22)

Y es que, sigue argumentando, un grupo de alumnos ofrece muchas más posibilidades que un alumno aislado. Quintiliano recuerda algo que solían hacer sus maestros cuando él era niño:

«Recuerdo que mis profesores observaban una práctica que no dejaba de tener su utilidad: una vez habían distribuido a los estudiantes en filas, les hacían hablar en orden según su habilidad e inteligencia: así cada uno podía lucirse tanto antes cuanto mayor progreso iba demostrando. (...) Obtener elogios era un honor, pero para nosotros era mucho mejor alcanzar el primer puesto. Ese puesto sin embargo no era permanente: cada mes los que habían sido vencidos con anterioridad tenían la oportunidad de un nuevo enfrentamiento, de manera que el primero de la clase no se descuidaba tras el éxito y los

vencidos tenían un estímulo en intentar borrar la humillación de la derrota. Y yo afirmarí, en la medida en que puedo recordar, que esto nos infundió más ánimos para volcarnos en el estudio de la elocuencia que todas las recomendaciones de nuestros maestros, las preocupaciones de nuestros cuidadores o los deseos de nuestros padres.» (1, 2, 23-25)

Quintiliano muestra, además de esta sensibilidad hacia el alumno, un respeto hacia él casi sin límites: en principio, todos los alumnos son iguales, todos merecen por parte del profesor el mayor de los esfuerzos y de las dedicaciones, incluso en las etapas más elementales. Y para dejar esto claro pone el ejemplo de Alejandro Magno:

«Filipo, rey de Macedonia, estaba convencido de que el principio de los estudios también había de ser confiado al mejor profesor posible, y que esto era de la mayor importancia. ¿Por qué, si no, habría querido Filipo que fuera Aristóteles, el mayor filósofo de aquella época, el que le enseñara a su hijo los primeros rudimentos de las letras? Y por esa misma razón Aristóteles aceptó el encargo. Por tanto, hagámonos los profesores a la idea de que el niño que se nos ha confiado y tenemos en nuestro regazo es Alejandro, y que merece tanta atención como él.» (1, 1, 23-24)

Otro síntoma de este respeto que todo alumno inspira a Quintiliano es su radical oposición a cualquier tipo de castigo corporal, que considera inútil y una muestra de la debilidad del profesor incapaz de imponerse de otro modo:

«A pesar de que es una costumbre muy extendida, y de que no le parece mal a Crisipo, estoy totalmente en contra de pegar a los alumnos. En primer lugar, porque es humillante y apropiado sólo para los esclavos; y supone un insulto y una afrenta si se aplica a partir de cierta edad. Además, si el carácter de un niño es tan poco noble que no se enmienda cuando se le riñe, con los golpes sólo se conseguirá hacerle cada vez más insensible a los castigos, como ocurre con los peores esclavos. Por último, ni siquiera habrá necesidad de ningún

castigo si el profesor está siempre pendiente del niño. (...) Hagamos también la advertencia de que a nadie se le debe permitir ejercer una potestad excesiva sobre personas de una edad tan indefensa y tan expuesta a los abusos.» (1, 3, 13-18)

QUINTILIANO Y LA POSTERIDAD

EN los siglos siguientes al de Quintiliano, son pocos los autores romanos que demuestran conocer su obra. Es muy posible que la extensión de la *Institutio oratoria* provocara cierto desánimo y que los gramáticos y tratadistas de retórica del tardío Imperio Romano prefiriesen basarse en obras más breves y, por lo tanto, más asequibles.

Durante la Edad Media se redujo muchísimo la circulación de libros que, por supuesto, se copiaban a mano. Con la difusión del cristianismo, los libros que se consideraban más interesantes y de los que se hacían más copias eran sobre todo obras religiosas, y los autores antiguos que eran poco conocidos o que resultaban demasiado complicados no recibían mucha atención. Eso ocurrió con Quintiliano. Todavía conservamos un buen número de ejemplares de la *Institutio oratoria* copiados en la Edad Media, desde el siglo IX hasta principios del XV. De ellos, prácticamente ninguno tiene la obra completa: a todos les falta una parte más o menos larga, que en la mayoría de los casos es casi la mitad del total.

Para Quintiliano, como para muchos otros autores, las cosas cambiaron con el Renacimiento. Este periodo histórico se caracteriza, entre otras cosas, por la influencia que en el mundo educativo y cultural ejerció un grupo de estudiosos y profesores a los que se denomina «humanistas». Estos humanistas estaban convencidos de que la lectura de los autores clásicos griegos, y sobre todo romanos, era fundamental para la formación del ser humano. Por eso dedicaron grandes esfuerzos a encontrar las obras de muchos de estos escritores que habían sido olvidadas a lo largo de la Edad Media.

Uno de estos humanistas, preocupado por encontrar el mayor número posible de manuscritos de autores clásicos, fue Poggio Bracciolini (1380-1459). Este florentino dedicó gran parte de su tiempo libre a recorrer monasterios, abadías y conventos en busca de libros olvidados. En unos años consiguió todo lo que pudo en su tierra natal, Italia. Pero sus grandes descubrimientos los realizó en el extranjero, al otro lado de los Alpes. Estamos a principios del siglo XV: el llamado gran cisma de occidente dura ya unas cuantas décadas. Hay problemas con la designación del Papa, e incluso llega a haber tres papas al mismo tiempo. Para intentar solucionar esta situación y estabilizar la vida de la Iglesia, se convocan varios concilios en distintas ciudades europeas: en Constanza, en Basilea, en Florencia. Poggio, que tenía un puesto en la Roma papal, asiste a varios, entre ellos al de Constanza (Suiza). Como puede imaginarse, los participantes en el concilio no están continuamente reunidos en sesiones de discusión: disfrutan de una buena cantidad de horas de las que pueden disponer a su gusto. Se forjan así amistades, se fomentan los intercambios de opiniones y las relaciones humanas e intelectuales. Poggio, además de eso, dedica su tiempo a la que era su actividad favorita: buscar códices de autores poco o mal conocidos. Como hizo en Italia, visita tantas bibliotecas como puede, y a finales de agosto o principios de septiembre de 1416 llega, acompañado por dos amigos, al monasterio suizo de San Galo. Como suponemos que debía ser habitual, Poggio mira, uno por uno, todos los manuscritos del monasterio, con la esperanza de encontrar entre ellos la obra perdida de algún autor clásico. Una vez más, sus esfuerzos se ven recompensados con varios hallazgos: un poema épico olvidado durante siglos, un antiguo comentario sobre varios discursos de Cicerón. Y además, y sobre todo, ¡un ejemplar completo de la obra de Quintiliano! Poggio se entusiasma ante el descubrimiento: Quintiliano, un autor tan apreciado por los humanistas como él, y que hasta entonces sólo podían leer en versiones a las que le faltaba casi la mitad. Poggio, sin embargo, tiene un problema: los monjes del monasterio de San Galo no están dispuestos a permitir que se lleve a Italia el manuscrito. Durante los siguientes días, Poggio dedica la mayor parte de la jornada a copiar pacientemente, de su puño y letra, el texto de la *Institutio*. Conservamos una carta de Poggio en la que, comparando el manuscrito encontrado con la persona de Quintiliano, narra su hallazgo. Está escrita en el estilo rebuscado y complicado habitual en los humanistas, pero expresa una emoción sincera:

«A Guarino de Verona:

(...) Como sabes, hubo muchos escritores en latín destacados en este arte de adornar y acabar el discurso, pero el principal y más ilustre fue Marco Fabio Quintiliano, que tan elocuentemente y con tan gran exactitud expone todo lo concerniente a la formación del más perfecto orador (...) Pero éste antes entre nosotros -me refiero a los italianos- estaba tan dañado, tan mutilado por culpa, pienso yo, del paso del tiempo, que no se reconocía en él ni figura ni aspecto de hombre. (...) Era en efecto algo de lo que había que entristecerse, y apenas era soportable que con tan gran mutilación de un hombre tan elocuente tuviéramos tan gran merma de su habilidad oratoria; pero por tanta pena e incomodidad como causaba aquella mutilación entonces, ahora tenemos que alegrarnos más, ya que ha sido restituido a su primitivo aspecto y dignidad, a su antigua forma e integridad gracias a nuestro cuidado. Pues si Marco Tulio se alegró tanto ante la vuelta del exilio de Marco Marcelo, y eso en un tiempo en el que había muchos en Roma parecidos a Marcelo, hombres destacados e ilustres en la paz y en la guerra, ¿qué deben hacer ahora los hombres cultos, y sobre todo los que se dedican a la elocuencia, cuando hemos recuperado no ya del exilio, sino casi de la misma muerte, de herido e irreconocible que estaba, este resplandor singular y único del nombre romano, apagado el cual no teníamos más que a Cicerón? Y por Hércules que si nosotros no le hubiéramos prestado ayuda, habría sido inevitable que estuviera ya próximo al día de su muerte. Y no hay duda de que ese hombre brillante, refinado, distinguido, lleno de cualidades, lleno de ingenio no habría podido soportar más tiempo lo horrible de aquella cárcel, la inmundicia de aquel lugar, la crueldad de sus guardianes. Estaba en efecto triste y despreciado, como suelen los condenados a muerte, (...). Parecía que nos tendía las manos, que imploraba por su devoción a los Quírites que le protegieran de un juicio injusto, que suplicaba y que sufría con indignación que él, que había conseguido la salvación de muchos con su esfuerzo y su elocuencia, ahora no encontrase ningún abogado que se apiadase de la suerte que había corrido, ni que se preocupara de su salvación o que evitase que fuese arrastrado a un injusto suplicio. (...)

Fue una suerte tanto para él como, sobre todo, para nosotros que, cuando tuvimos tiempo libre en Constanza nos entrara el deseo de visitar el lugar en el que él estaba encerrado. El monasterio de San Galo está a veinte millas de dicha ciudad. Y así, nos dirigimos hacia él con la intención de descansar mentalmente y a la vez de rebuscar algunos libros, de los que se decía que había un gran número. Allí, entre una gran multitud de libros, que sería muy largo enumerar, encontramos un Quintiliano todavía sano y sin alterar, aunque lleno de moho y sucísimo por el polvo. Aquellos libros, sin embargo, no estaban en la biblioteca, como requería su dignidad, sino en un calabozo horrible y oscuro, parte baja de una torre, en el cual no se encerraría ni a los condenados a muerte. Y estoy seguro de que si hubiera quienes, por amor a los antepasados, escudriñasen e inspeccionasen los bárbaros calabozos en los que se retiene a estos hombres, alcanzarían una suerte parecida con muchos de los que ya se ha desesperado. (...) Yo mismo copié el manuscrito entero, y además con rapidez, para mandárselo a Leonardo de Arezzo y a Nicolás de Florencia; los cuales, habiendo recibido por mí la noticia del hallazgo de este tesoro, me pidieron por carta con mucha insistencia que les mandara este Quintiliano cuanto antes. (...) Querría también haberte podido enviar el libro, pero hubo que satisfacer a nuestro Leonardo. De todas maneras, sabes en qué lugar esta, así que, si lo quieres tener, creo que en cuanto lo pretendas te las arreglarás para conseguirlo. Que conserves la salud y, ya que es mutuo, dame tu afecto.

Constanza, 15 de Diciembre de 1416.

A partir de este momento, los estudiosos europeos fueron teniendo a su disposición el texto completo de la obra de Quintiliano, y en las décadas siguientes a este año de 1416 se hicieron numerosas copias manuscritas de la *Institutio oratoria*, muchas de las cuales aún conservamos. Tras la invención de la imprenta, todavía pasaron unos quince años hasta que apareció la primera edición de la *Institutio*: se encargó de ella el impresor romano Antonio Campaño, y la dio a la luz en 1470. En el medio siglo posterior, fue creciendo el interés por Quintiliano y se realizaron en toda Europa (París, Colonia, Venecia, Basilea, ...) más de treinta ediciones de su obra. Quintiliano ocupó así un lugar destacado en los planes de estudios de los distintos países europeos y ejerció una gran influencia en personalidades del siglo XVI como el valenciano Juan Luis Vives, el holandés Erasmo de Rotterdam o el francés Pierre de la Ramée. Desde entonces Quintiliano y su *Institutio oratoria* han ocupado un lugar destacado en el mundo literario y cultural de la Europa occidental.